



CAMPUS OMAR DENGÓ  
CENTRO DE ESTUDIOS  
GENERALES

Memoria Coloquio

# *El 98* *hispanoamericano*

PARTICIPANTES:

- *Carlos Francisco Monge*
- *Juan Durán Luzio*
- *Rodrigo Quesada*
- *Ma. Luisa Laviana Cuetos*  
(España)
- *Luis Toledo Sande* (Cuba)
- *Rogelio Cedeño*



*En celebración del N°50 de Tópicos del Humanismo*



UNIVERSIDAD NACIONAL  
CENTRO DE ESTUDIOS GENERALES

**MEMORIA DEL COLOQUIO**  
**EL 98**  
**HISPANOAMERICANO**

EN CONMEMORACION DEL Nº 50 DE  
**TOPICOS DEL**  
**HUMANISMO**

## INDICE

NOTA EDITORIAL .....	7
VER EL 98 DESDE NUESTRA AMERICA .....	9
Luis Toledo Sande	
LEALTAD EN CRISIS: EN TORNO AL CONFLICTO DE 1898 .....	21
Juan Durán Luzio	
EL 98 EN LA LITERATURA DE COSTA RICA .....	27
Carlos Francisco Monge	
EL 98 Y EL CINISMO DEL IMPERIO .....	33
Rogelio Cedeño Castro	
EL 98 PREFIGURADO EN EL PENSAMIENTO DE JOSE MARTI .....	39
Mario Oliva Medina	
ANARQUISMO Y FEMINISMO: LAS MUJERES EN EL DEBATE ANTIIMPERIALISTA (1898-1902) .....	43
Rodrigo Quesada Monge	
ESPAÑA Y EL 98 .....	55
María Luisa Laviana Cuetos	

# ESPAÑA Y EL 98

*María Luisa Laviana Cuetos*

Universidad de Sevilla

**E**n primer lugar deseo dar las gracias a los organizadores de este encuentro, y en particular al profesor Mario Oliva Medina, por haberme invitado a participar en él, posibilitando así ésta mi primera, y espero que no última, visita a Costa Rica. La invitación, sin embargo, llegó hace apenas dos o tres semanas, de ahí que cuando se me pidió que no me limitara a asistir al coloquio (que era lo que yo pretendía) sino que también presentara una comunicación en él, ofrecí lo único que con tan poco o ningún tiempo podía ofrecer: una nueva versión de la ponencia que presenté en el Coloquio Internacional "Los 98: historia de un siglo," celebrado en enero de este año en la Casa de las Américas, de La Habana, y cuyas actas se publicaron meses después en la revista de la misma institución<sup>1</sup>.

Ese texto comienza recordando cómo en los últimos tiempos vivimos en una especie de «cultura de las efemérides» que, en un verdadero alarde de memoria histórica, nos recuerda continuamente que el calendario está repleto de fechas emblemáticas, multiplicándose en consecuencia los aniversarios, y en particular los centenarios, de sucesos más o menos dignos de conmemorarse. Dentro de esta «cultura», y tratándose de países tan viejos como España, no sería difícil festejar (o deplorar) efemérides centenarias casi todas las semanas. Por ejemplo, este año se está celebrando, y con gran despliegue de medios en todo el país, el cuarto centenario de la muerte de Felipe II, quien falleció el mismo año que nacía el gran pintor Francisco Zurbarán, efeméride que se está ahora mismo conmemorando en Sevilla con una preciosa exposición, que hace gozar por sí misma y por anunciar la maravilla que los sevillanos (y quienes nos visiten) tendremos ocasión de disfrutar el próximo año, cuando se festeje con otra magna exposición el 400 aniversario del nacimiento de Velázquez. También en Sevilla, en estos mismos días, se está celebrando el 750 aniversario de la conquista de la ciudad por el rey Fernando III de Castilla, como hace poco más de un mes se celebró el octavo centenario de la muerte de Averroes, y en septiembre el aniversario 1900 de Trajano, que en el año 98 de nuestra era (y ese sí realmente, el 98) sucedió a Nerva al frente del imperio romano, convirtiéndose en el primer emperador «de provincias».

De manera que efemérides tenemos bastantes, incluido «el 98» famoso, cuyo Primer Centenario nos congrega aquí. Desde luego que en España, y también en otros países pero yo hablaré sobre todo del

1. Cf. mi artículo «Memoria del 98 en España», Casa de las Américas, La Habana, núm. 211, abril-junio de 1998, pp. 65-71; reproducido en húngaro («98 emléke Spanyolországban») en la Revista AETAS, Szeged, núm. 4/1998, pp. 5-11, traducción y notas de Adám Anderle.

mío, ésta no ha sido ni está siendo, no es, una efeméride más: por el contrario, tiene una dimensión especial que da un sentido distinto a su conmemoración. Lo especial, en España, consistiría en que «el 98» sería el equivalente de «el 92», tan festejado, celebrado y conmemorado (y también lamentado y hasta condenado) en mi país y particularmente en mi ciudad, Sevilla.

Sin embargo, más que el equivalente, 1898 sería el contrario de 1492, en la medida en que ambas fechas significan, respectivamente, el final y el comienzo del sistema colonial español en América. Desde el punto de vista historiográfico, la analogía o el contraste aumentan si consideramos que, así como los historiadores franceses se definen o posicionan con respecto a la Revolución de 1789, o los historiadores alemanes respecto de la Segunda Guerra Mundial, el hecho clave para delimitar las corrientes historiográficas en el americanismo español sería la posición que se adopte frente a la Independencia, según unos, o frente al Descubrimiento y Conquista, según otros; y probablemente ambos planteamientos sean el mismo, porque la idea que se tenga sobre la Conquista delimitará la propia idea sobre la Independencia: de nuevo, 92 y 98 se entrelazan.

Uno, 1492, es conocido como el «Año del Descubrimiento» y otro, 1898, es el «Año del Desastre». Y no deja de ser significativo que mientras antes de la celebración del Quinto Centenario de 1492 y durante ella hubo, y no sólo en España, una intensa y extensa polémica encarnada incluso en la misma denominación de la efemérides, este Primer Centenario de 1898 es para todos, en España al menos, la conmemoración de una catástrofe: el 98 sigue siendo el «Año del Desastre», como de inmediato fue llamado por sus mismos contemporáneos.

Es verdad que en el imaginario colectivo de los españoles, «el 98» (además de dar nombre a una generación de escritores e intelectuales cuya transcendencia va más allá de lo estrictamente literario) aún invoca una multitud de visiones contradictorias, casi todas ellas relacionadas con la imagen pesimista, quejumbrosa, reivindicativa, del desastre, la gran tragedia nacional y sus consecuencias para la vida española. En definitiva, una pesadilla que incluso se prolongaría en el tiempo, culminando en el enfrentamiento entre las «dos Españas» en la Guerra Civil de 1936-1939, que sí fue un (el) verdadero desastre para España. La relación entre el 98 y el 36 es bien conocida, y fue gráficamente establecida por el general Franco, autor o coautor del guión de la película *Raza*, en la que la victoria de los «nacionales» en la Guerra Civil se plantea como el «desquite por el 98»: interpretación que alude a la conciencia de ingratitud y abandono formada en el seno del ejército español, el cual se autoconsidera víctima inmediata del «desastre», y sacrificado por la ineptitud de los políticos. Y, desde luego, el reforzamiento del autoritarismo dentro del ejército a raíz de 1898 es paralelo al sentimiento popular antimilitar, fenómeno que se manifiesta muy pronto, reflejándose incluso en el propio senado español, donde el 6 de septiembre de 1898 Adolfo Suárez de Figueroa critica duramente al generalato, asegurando recoger «el sentir de la gente de la calle», lo que al otro día es airadamente respondido por el general Weyler, quien asegura que eran «los políticos» los verdaderos culpables de la derrota. En torno a este tema se desencadena entonces un crispado debate, y hasta escándalo, dentro y fuera del hemiciclo<sup>2</sup>.

Pero si el 36 fue el verdadero (el mayor) desastre de la historia contemporánea española, lo que sigue considerándose «desastre» por antonomasia es el 98, estereotipo con que se denomina el final de la

2. Cit. por J.R. Milán García y otros, «Percepción y memoria del desastre del 98», *Historia Abierta*, Madrid, núm. 21, octubre de 1997, p. 17.

presencia colonial de España en América y en Asia. Es evidente, sin embargo, que desde una perspectiva actual no cabe definir como «desastre» la mera pérdida de las colonias: en todo caso, el desastre fue la frustración de la independencia por la que esos pueblos luchaban; desastre fue la pérdida de vidas humanas, los miles de muertos filipinos, cubanos y españoles (estos últimos, en su mayoría, hombres humildes que no pudieron comprar su exclusión del servicio militar en ultramar por no disponer de las mil quinientas o dos mil pesetas que eso costaba); desastre fue la misma guerra entre españoles y cubanos y entre españoles y filipinos, una guerra que pudo ser evitada pero que la propia España hizo «inevitable» con el desastre de su política colonial en el siglo XIX.

Y de todas formas, aun desde un punto de vista exclusivamente español, y más allá de las vidas perdidas, más allá del hundimiento de la flota y de la derrota militar, hay otros muchos aspectos de gran influencia en el devenir histórico de España, y no tan negativos o «desastrosos», que hasta fechas muy recientes han estado más olvidados o escasamente valorados en el debate historiográfico. Por ejemplo, el 98 tiene lugar en el marco genérico de la «Restauración», que fue también un intento serio de dotar a España de un sistema parlamentario europeo, y que si bien incluía en su seno el «caciquismo», también hizo surgir el «regeneracionismo», cuyos primeros síntomas habían comenzado ya a advertirse en la Ilustración, cuando algunos españoles (Feijoo, Jovellanos, Cadalso...) toman conciencia de la decadencia, el atraso y la soledad de España e intentan «acercarla a Europa», a la modernidad. Los regeneracionistas y los hombres de la Institución Libre de Enseñanza establecen el puente con esos ilustrados y dan el impulso renovador a la sociedad española, en cuyo seno, simultáneamente, el movimiento obrero se está articulando sobre las dos grandes corrientes que llegarían hasta la Guerra Civil: anarquistas y socialistas.

En síntesis, el «desastre» del 98 coincide con el nacimiento del primer proyecto riguroso de modernización española, un proyecto que tiene en Europa el referente: Europa como «solución» al «problema» que es España; Europa como «metáfora de la modernidad»<sup>3</sup>. Aún hoy, cien años después, esa imagen sigue vigente y conserva su efectividad expresiva. El último ejemplo que conozco es de hace apenas unos días: un artículo de Ramón Cotarelo en el que señalaba que «quizá también nuestra europeización, como nuestro poderío naval en el primer 98, fue embeleco»<sup>4</sup>.

Por otro lado, a partir de 1898 se afianzan en España los proyectos nacionalistas periféricos (y, con ellos, el propio nacionalismo español, pues el regeneracionismo pretende «renacionalizar» a España) y se promueven los primeros atisbos de descentralización, que en realidad no culminarán hasta 1978, con la constitución y el Estado de las autonomías, resultando en definitiva que también desde el punto de vista político en España la desolación del 98 no es sino una crisis de modernización.

De manera que estamos conmemorando el centenario de una fecha mítica y mitificada, en torno a la cual en los últimos años se están dando profunda modificación y renovación historiográficas, lejos del noventayochismo, es decir, lejos del discurso catastrofista acuñado tanto por intelectuales críticos que utilizaron la derrota frente a los Estados Unidos para denunciar las lacras del régimen, como por políticos atemorizados ante la posible marea revolucionaria o ante el revanchismo de los militares derrotados. Un discurso catastrofista que, paradójicamente y pese a su fuerza e intensidad, lo cierto es que duró

3. José Álvarez Junco, «La nación en duda», en *Más se perdió en Cuba. España, 1898 y la crisis de fin de siglo*, coord. por Juan Pan-Montojo, Madrid, 1998, p. 463.

4. «Del 98 al 98», *El País*, Madrid, 23 de noviembre de 1998.

poco, y sobre el «desastre» se extendió pronto el olvido de los mismos que habían hecho de la derrota una especie de castigo general: a juzgar por las deliberaciones del Parlamento o las actuaciones del Gobierno español a comienzos del siglo XX, parecía que el 98 había ocurrido muchas décadas atrás, parecía como si una vez superado el temor inicial a la caída del régimen, hubiera un interés casi general en alejarse del reciente fracaso colonial<sup>5</sup>.

Tal vez por eso no se hacen entonces análisis rigurosos para evaluar los verdaderos alcances y significado de la crisis, y cuando tales análisis se acometen, cuando la reflexión histórica sustituye a la visión emocional o sentimental de la España de fines del siglo XIX, el 98 tópico comienza a resquebrajarse, el drama va adquiriendo perfiles menos traumáticos. Así, la historia militar muestra que la guerra con los Estados Unidos se planteó como un «mal menor», un enfrentamiento reducido al mínimo que permitiera liquidar «con honor» la crisis colonial. Hoy sabemos que el Gobierno español optó por una guerra que sabía perdida porque temía, parece que infundadamente, que las alternativas posibles —esto es, la claudicación ante los insurgentes cubanos o la entrega pacífica de Cuba a los Estados Unidos— provocarían un nuevo pronunciamiento militar, o el derrocamiento de la monarquía.

Por otro lado, a pesar de la insistencia en dar una explicación económica a la derrota, y pese al empeño en magnificar el impacto negativo de la pérdida de aquellas tierras sobre la economía española, hoy sabemos que tal impacto no fue ni tan grande ni muy duradero. Los historiadores económicos coinciden ahora en señalar que la relevancia del «desastre» del 98 había sido exagerada por la historiografía: su repercusión comercial, siendo muy importante (sobre todo en algunas zonas, como Cataluña), no fue decisiva, porque no lo eran entonces los intercambios que España (salvo Cataluña) realizaba con sus últimas colonias americanas, cuya separación política provocó una repatriación de capitales (calculada en unos mil millones de pesetas) que resultó beneficiosa para la economía de la metrópoli. Eso compensó holgadamente la pérdida de mercados protegidos y la terrible deuda de la guerra. En definitiva, no se inauguró en España un tiempo de depresión a raíz del 98, que no provocó una crisis económica aunque sí de legitimidad del Estado, crisis de limitado alcance también<sup>6</sup>.

Parece que asimismo la historia de la literatura y la del pensamiento cuestionan seriamente el «noventayochismo» de los grandes creadores de aquel tiempo, y se revisa su papel como intelectuales con capacidad e interés para concretar alternativas políticas a la España de entonces. Y, desde luego, se sabe que estos escritores e intelectuales no se muestran «dolidos» por la pérdida de las colonias. Quizá el mejor símbolo de esto sea el comentario de Unamuno ante el reclutamiento de soldados para la guerra de Cuba: «¿Con qué derecho me llevan ustedes contra mi voluntad a la guerra? ¿Qué se pierde Cuba? ¿¡Pues que se pierda!». La crisis colonial no era más que un telón de fondo para los debates españoles, que, por otro lado, venían ya de antes, por lo menos de una década atrás, porque «los del 98» se «dolían» de lo mismo que los anteriores (Larra, Galdós, Clarín), es decir, se «dolían» del caciquismo, de la corrupción, del fracaso del proyecto liberal.

Además, la reiteración obsesiva de la palabra desastre en el discurso noventayochista es un hecho que tal vez esté indicando un fenómeno de percepción sobredimensionada de acontecimientos —en especial la derrota frente a los Estados Unidos— que se viven como una desgracia colectiva, y que

5. «98 y 'Noventaiochismo'», editorial del *Boletín Historia Abierta*, Madrid, núm. 21, octubre de 1997, p. 13.

6. Cf. Juan Pan-Montojo, «El atraso económico y la regeneración», en *Más se perdió en Cuba*, cit., pp. 261-344.

en realidad no representaron mucho más que otras crisis internacionales que por las mismas fechas padecieron países como Portugal, Italia, Francia. Hace casi veinte años que el profesor Jover Zamora nos enseñó que hay toda una larga nómina de noventa y ocho europeos y que ella demuestra que la crisis internacional de España no fue una excepción<sup>7</sup>. Y, además, después del 98 España siguió teniendo colonias en el Golfo de Guinea, participó en las sucesivas conferencias internacionales para el reparto de Africa, «adquirió» y conservó durante décadas el Sahara Occidental<sup>8</sup>.

En definitiva, el 98 español forma parte de un proceso de redistribución colonial, o sea, de transferencia de territorios de las viejas potencias coloniales a los Estados que aspiraban a la expansión ultramarina. Y en ese proceso lo que España perdió fueron los restos (aproximadamente el dos por ciento) de lo que había sido su imperio en América, imperio que había perdido en 1824 sin que, por cierto, se desencadenara entonces ningún «trauma» en la sociedad española, ni siquiera en las clases dirigentes, que, por lo demás, fueron las únicas que acusaron el impacto del «trauma de 1898», fenómeno que tuvo muy limitado alcance más allá de las clases urbanas medias o educadas.

Y, ¿qué alcance tendrá ahora la conmemoración de todo ese «desastre»? También aquí cabe hacer un paralelismo con la conmemoración de 1492, cuyo resultado principal desde el punto de vista científico fue el debate historiográfico, que si bien no puede calificarse como renovador, propició la publicación de numerosas obras que constituyen la mejor herencia de aquel Quinto Centenario. Este Primer Centenario hace tiempo que viene siendo conmemorado con multitud de actos, seminarios, encuentros, debates, que se han multiplicado a lo largo de este año, en el que además se han realizado grandes exposiciones (por ejemplo: 1898, España fin de siglo, o El sueño de Ultramar), numerosos documentales y hasta series de televisión<sup>9</sup>. Sin embargo, y pese a todo este despliegue, seguramente el mejor y más duradero legado de tantas actividades será, en el 98 como en el 92, el constituido por los libros. En tal sentido, en los años recientes se han multiplicado en mi país las publicaciones sobre la crisis colonial, predominando las obras centradas en los efectos e implicaciones de la crisis en la propia España, lo cual es hasta cierto punto lógico, aunque no faltan las obras con la perspectiva del otro lado<sup>10</sup>.

No obstante, más que la perspectiva española manifestada en el relativo olvido o postergación de la dimensión americana (o filipina), preocupa la perspectiva «españolista» que sigue dándose en determinados sectores o ámbitos, seguramente minoritarios, pero significativos. Por ejemplo, el artículo editorial de una publicación vinculada a la Academia de la Historia comenta la reciente erección en Madrid de un monumento a la memoria de José Rizal (en diciembre de 1996), y recuerda luego la hazaña de Eloy Gonzalo García en Cascorro (Cuba, otoño de 1896) y el episodio de Baler (Filipinas, 1899), para preguntarse:

7. José M. Jover Zamora, 1898. *Teoría y práctica de la redistribución colonial*, Madrid, 1979.
8. A propósito, y sin ánimo de hacer comparaciones odiosas ni incurrir en tópicos como el de «la historia se repite», cabe establecer el paralelismo entre la actuación del Gobierno español en diciembre de 1898 —cuando negoció directa y únicamente con los Estados Unidos la cuestión de la soberanía de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, sin consideración ni representación de los países afectados— y en noviembre de 1975, cuando, mediante los llamados Acuerdos de Madrid, entregó el Sahara a Marruecos y Mauritania, sin que en la mesa de negociaciones hubiera ningún representante del pueblo saharauí, que aún hoy sigue luchando por su independencia.
9. Por mencionar sólo lo más reciente de un año pródigo en este sentido, en estos mismos días la televisión pública española está emitiendo una serie titulada *El 98*, a la que seguirá *Biografías del 98* (Cánovas, Sagasta, Weyler, Rizal, Martí y Cervera), y finalmente *Nombres del 98* (Azorín, Unamuno, Baroja, Valle Inclán, Machado, Maeztu), en total cerca de una veintena de capítulos de casi una hora de duración cada uno.
10. Por ejemplo: *La nación soñada. Cuba, Puerto Rico y Filipinas ante el 98*, Madrid, 1996; *Cuba entre dos revoluciones. Un siglo de historia y cultura cubanas*, Sevilla, 1998; y *España y las Antillas: el 98 y más*, Sevilla, en prensa [1999].



«¿Sería mucho pedir que la España que con tanta grandeza acoge a los que un día fueron sus enemigos, aprovechara ese 98 que se nos llega para honrar a los suyos? No hay nación en el mundo en que puedan hallarse tantos monumentos a los adversarios de otro tiempo como en España. Nos tememos que los españoles que dieron su vida al servicio de España en Cuba o Filipinas, en los conflictos que concluyeron en las guerras con los Estados Unidos, no tendrán en Madrid un monumento, si no tan importante como el de Rizal, que evoque al menos su sacrificio. ¿Es que lo van a instalar en La Habana? ¿Acaso es que se está en trámites para elevarlo en Manila?, o, ¿es que ya tienen buscado emplazamiento en Washington?»<sup>11</sup>.

Tales planteamientos, a menudo unidos a la repetición de la tesis según la cual los Estados Unidos son los verdaderos responsables o culpables de la «catástrofe» española, pues los cubanos (como los filipinos) hubieran sido incapaces de ganar la guerra, no dejan de recordar el agresivo nacionalismo o entusiasmo patriótico desatado a raíz de la intervención de aquella potencia en la guerra hispano-cubana. En 1898 la prensa y los discursos políticos ensalzaban la bravura y la generosidad del «león español» y despreciaban la cobardía y avaricia del «cerdo yanqui», imágenes que gozaban de gran popularidad: a modo de ejemplo, recordemos que en el carnaval de Madrid, en febrero de 1898, el primer premio fue para un cerdo vestido de yanqui. Hay, desde luego, abundantes referencias al león y al cerdo en la prensa española de fines del siglo XIX, que si bien cumplió un importante papel en la exacerbación de nacionalismo, lo cierto es que se ha magnificado una influencia periodística que necesariamente se movía dentro de estrechos límites, tratándose de un país mayoritariamente analfabeto, en el que la difusión de periódicos era aún muy escasa.

Pero volviendo al tema de la «responsabilidad de la guerra», ya en diciembre de 1898, una vez consumado el «desastre», la prensa española insistía en que:

«La responsabilidad de la guerra es toda del gobierno de McKinley». «...alentó la insurrección cubana: por él las Cámaras de Washington nos declararon la guerra, que eso y no otra cosa fue la conminación insultante de que abandonáramos a Cuba: él envió el Maine a La Habana y nos dirigió su ultimatum amenazador. La responsabilidad de la guerra no es de España»<sup>12</sup>.

Y se trata de una tesis que se ha mantenido durante los últimos cien años y sigue vigente en determinados sectores de la historiografía española, que todavía hoy siguen otorgando a cubanos y norteamericanos si no toda sí la mayor parte de la responsabilidad de tanto «desastre». Cito un trabajo reciente de un prestigioso historiador español, autor de varios libros sobre la independencia cubana:

«Carece de sentido buscar responsables de esta catástrofe. El responsable sería la guerra, o quien la inició, por elevados que fueran sus móviles. Aunque cabe decir que quien anunció una guerra

11. *Historia Abierta*, Madrid, núm. 20, febrero de 1997, p. 1. Y el caso es que Eloy Gonzalo tuvo pronto una estatua como caído «en la santa defensa del honor nacional»: la inauguró el rey Alfonso XIII en el barrio madrileño del Rastro el 5 de junio de 1902, en acto que fue recogido por *La Ilustración Española y Americana* del 15 de ese mes. Igualmente, en el Parque del Oeste de Madrid se instaló a comienzos de siglo un «monumento a los héroes de Cuba y Filipinas», de casi treinta metros de altura, por iniciativa de Azorín, Baroja y otros escritores, y patrocinado por la Cruz Roja (que entonces presidía el general Polavieja). Parece que el monumento, cuya fotografía se reproduce en la obra ya citada *Más se perdió en Cuba*, fue destruido a raíz de la Guerra Civil; en cambio, una renovada estatua de Eloy Gonzalo sigue presidiendo la Plaza de Cascorro, en pleno Rastro madrileño.

12. *La Ilustración Española y Americana*, Madrid, 15 de diciembre de 1898.

generosa y breve [es decir: José Martí] se equivocó, y que quien asumió la dirección de las operaciones en el bando insurreccional [esto es: Máximo Gómez] adoptó un sistema devastador, buscando la victoria a cualquier precio, con lo que provocó contramedidas de carácter análogo con resultados desastrosos para el país. Finalmente la intervención norteamericana [aquí sí: McKinley], con el bloqueo y la lenta negociación de la paz, agravó y prolongó la agonía de los habitantes de la isla, sin duda sin pretenderlo»<sup>13</sup>.

Personalmente estoy de acuerdo con la primera frase del párrafo citado, y me parece un desatino todo lo demás; pero mayor desatino me parece la perspectiva de pasar otros cien años debatiendo sobre la «responsabilidad» de una guerra que, en mi opinión, la propia España («los desatinos de España») hizo «inevitable».

Por otro lado, a la vez que todavía hay un sector de la historiografía española que se alza en defensa de la España del momento y ensalza únicamente a los gloriosos marinos y soldados españoles, y el heroísmo y orgullo patrios, etcétera (y, por cierto, no suele tener en cuenta a los españoles, sin duda también heroicos, que lucharon en las filas mambisas), también sigue habiendo en la España actual referencias a los «separatistas» de Cuba, a las expediciones «filibusteras» (calificativo despectivo que daban las autoridades españolas del siglo pasado a las acciones de los insurgentes cubanos). Asimismo, no es raro oír a los historiadores preguntarse por qué se independizó Cuba, qué motivos tenía para hacer tal cosa, pregunta que suele enlazar con otras de este corte: ¿estaba Cuba en condiciones de lograr la independencia, y ser independiente? Considerando el importante nivel de desarrollo socioeconómico y cultural de la Isla en el siglo XIX, superior en muchos aspectos al de la Península, parece evidente que sí estaba en condiciones de luchar por su independencia y de lograrla; de ahí que la verdadera pregunta no sea por qué se independizó Cuba<sup>14</sup>, sino por qué no lo hizo antes, tema sobradamente estudiado y al que no es ajena la propia revitalización del colonialismo español<sup>15</sup>.

Para ir finalizando haré unos breves comentarios terminológicos, nada anecdóticos por lo demás, pues nunca la palabra es «inocente». En España se insiste en definir el año 1898 como el de la «pérdida de las colonias» (cuando no se dice «nuestras» colonias), o el «año en que España perdió su imperio», expresiones que de hecho reflejan sólo el punto de vista español o, mejor dicho, «españolista». Pero desde una perspectiva más amplia (cubana, puertorriqueña y filipina, por ejemplo), ¿qué pérdida puede ser esa? España perdió «sus» colonias, sí, pero éstas no «se perdieron», aunque, lamentablemente, tampoco en ese año 1898 «se ganaron» la independencia a que tenían derecho y por la que habían luchado. Por eso, y porque sería inexacto decir que estamos conmemorando el «centenario de la independencia de Cuba, Puerto Rico y Filipinas» —denominación que es frecuente encontrar incluso en convocatorias de congresos de historiadores—, es preferible considerar el 98 como el año que marca «el fin del colonialismo español en América y Asia», algo que en mi opinión sí es digno de conmemorarse y también de celebrarse, porque significa un avance en el proceso de liberación de las antiguas colonias, porque significa un

13. Luis Navarro García, «La población de Cuba en 1899: el precio de la guerra», ponencia presentada en el Segundo Seminario España/Cuba 98: Historia, Cultura y Cine, celebrado en Sevilla en marzo de 1998, cuyas actas, actualmente en prensa, aparecerán en los primeros meses de 1999 con el título *España y las Antillas: el 98 y más*, editado por la Diputación de Sevilla.

14. Pues en este caso la respuesta, por obvia, casi no valdría la pena citarla salvo porque permite recordar a Martí, que la dio hace ciento veinticinco años: «Cuba, por ley de su voluntad irrevocable, por ley de necesidad histórica, ha de lograr su independencia» (*La República española ante la Revolución cubana*, Madrid, 1873, en *Obras Completas*, La Habana, 1975, t. 1, p. 94).

15. Cf. Christopher Schmidt-Nowara, «Imperio y crisis colonial», en: *Más se perdió en Cuba*, cit., pp. 31-89.

retroceso en la política colonialista española y porque marca el inicio de una nueva relación entre España y las tierras que habían sido sus posesiones.

Especialmente en lo que se refiere a Cuba, aunque la derrota del colonialismo español no significó la independencia sino la manzana envenenada del imperialismo norteamericano, lo que merece conmemoración es la ruptura de los lazos políticos coloniales entre España y la llamada «perla de las Antillas», que dejó de ser «la perla de la Corona» pero eso no significó ruptura entre cubanos y españoles: por el contrario, a partir de 1898 tantos españoles (gallegos y asturianos sobre todo) emigraron a Cuba en busca de trabajo, que ha podido decirse que comenzó entonces «la mayor hispanización» de este país<sup>16</sup>, provocando que dejara de ser cierto lo que seguramente sí lo era años antes: «No hay entre ellos [cubanos y españoles] aspiraciones comunes, ni fines idénticos, ni recuerdos amados que los unan»<sup>17</sup>.

Por todo eso, no hagamos otro 98 triste: hagámoslo diferente de aquél. No lloremos: por el contrario, celebremos en buena hora el fin del dominio colonial español sobre estas tierras; lamentemos, eso sí, el inicio del dominio neocolonial de los Estados Unidos en ellas y en las otras de Nuestra América, porque ése y no otro fue el verdadero desastre del 98, el desastre cuyos efectos todavía permanecen.

Porque es cierto que al decir «Y Cuba debe ser libre. De España y de los Estados Unidos»<sup>18</sup>, Martí estaba no sólo sintetizando su programa de acción política concreta, sino indicando cuáles eran los dos obstáculos que, desde el exterior de la Isla, se oponían a fines del siglo XIX al establecimiento en ella de una república libre y digna, la república moral que garantizara la felicidad y la prosperidad de sus ciudadanos. Tres años (en realidad treinta, o muchos más) costó eliminar uno de esos obstáculos. El otro aún sigue actuando en forma de bloqueo o embargo comercial, pese a la condena internacional, incluida la del Papa Juan Pablo II, cuya intermediación en este sentido no parece que sea más eficaz que la que hace cien años el entonces titular de la Santa Sede, León XIII, intentó entre España y los Estados Unidos.

En enero de este año finalicé mi intervención en la Casa de las Américas formulando un deseo, o más bien una exigencia ética. Decía entonces que 1998, el año en el que además del famoso «desastre» se conmemoran tantas efemérides (entre ellas el cincuentenario de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, adoptada por la Asamblea General de las Naciones Unidas el 10 de diciembre de 1948), debiera ser el año del fin de esa vulneración del derecho internacional (o «de gentes», diría el padre Francisco de Vitoria) que es el bloqueo de los Estados Unidos a Cuba. Y añadía que en este «otro 98» los españoles haríamos bien en no desaprovechar ninguna ocasión para reivindicar eso, y dejarnos ya de jeremiadas y de lamentos que, desde luego, no son —ni lo fueron hace cien años— por la «pérdida de las colonias» o «del imperio», sino por la tremenda derrota y la humillación sufridas a manos de los Estados Unidos.

Me temo, sin embargo, que este año 1998, en el que por cierto también se conmemora el centenario de la aspirina, no pasará a nuestra «cultura de las efemérides» como el año del fin del bloqueo sino,

16. Cf. Jordi Maluquer de Motes, *Nación e inmigración. Los españoles en Cuba, siglos XIX y XX*, Barcelona, 1992; y Schmidt-Nowara, *ob. cit.* en nota anterior.

17. José Martí, *La República española ante la Revolución cubana*, cit., p. 94.

18. José Martí, *Cuadernos de apuntes, Obras Completas*, t. 21, p. 380.

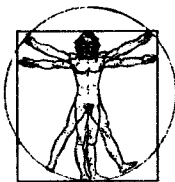
apenas, como el año de otra píldora «histórica». Por lo que a mí se refiere, les aseguro que en mi particular «memoria del 98» este año será, entre otras cosas grandes y hermosas, el año de mi encuentro con Costa Rica, este país «de sangre y de luz», donde también acudo a las hermosas palabras de Martí para ratificar, con «orgullo y fe» de española, es decir, de latinoamericana, que ustedes y nosotros somos «unos en el origen, en la esperanza y en el peligro»<sup>19</sup>.

*Heredia, Costa Rica, 2 de diciembre de 1998*

---

19. Carta a Pío Viquez (director de *El Heraldo de Costa Rica*), 8 de julio de 1893. José Martí, *Obras Completas*, t. 7, p. 315. Cf. Mario Oliva Medina, *José Martí en la historia y la cultura costarricenses*, Heredia, 1995, p. 39.





**UNIVERSIDAD NACIONAL  
CENTRO DE ESTUDIOS  
GENERALES**

***CONSEJO EDITORIAL***

***LIC. GERARDO CESAR HURTADO O.  
COORDINADOR***

***DRA. ZAIDA FONSECA HERRERA  
M.A. ANA CECILIA SANCHEZ M.  
PROF. ALFONSO CHASE BRENES***

***SRA. OLGA MARTHA ROJAS BOLAÑOS  
APOYO SECRETARIAL***

Esta publicación fue aprobada por el Consejo Académico del Centro de Estudios Generales, y autorizada por la Oficina de Prestación de Servicios (número de registro: 008-91). De la impresión, comercialización y administración se encargó la FUNDACION UNA, por medio de la cuenta CEG 81 a nombre del Centro de Estudios Generales.

La edición consta de 300 ejemplares.

**UNA**   
**UNIVERSIDAD NACIONAL**  
**C O S T A   R I C A**